

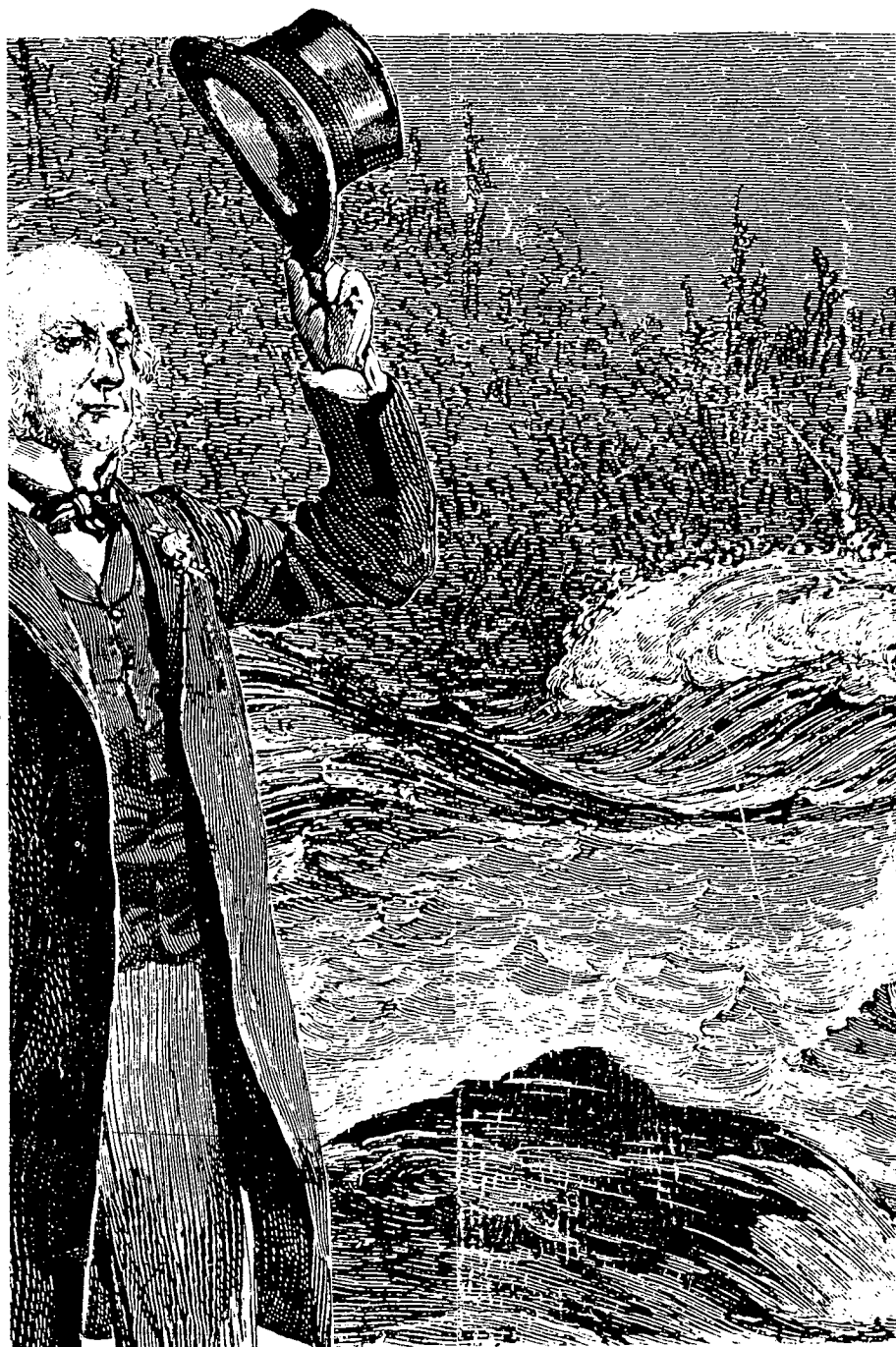
**E**n realidad, el tiempo nuevo no tiene otro modo de presentarse ante nosotros como no sea con los signos del desarreglo. Tal vez no sea sino un cierto sentido del desorden, antes que la intuición de un orden nuevo que sustituye al anterior, lo que en primer lugar anuncia que algo esencial en nuestro entorno ha cambiado y que, de hecho, nos encontramos insertos en una situación de cambio.

El problema que plantea la interpretación de estos estados de transformación, no consiste tanto en constatar que las épocas nuevas nunca lo son totalmente y que, a decir verdad, nunca llegamos a experimentar plenamente la certeza del cambio concluido, pues siempre tenemos esa íntima seguridad de que algo irreducible aún continúa a nuestro lado y que nuestra vida, al fin de cuentas demasiado breve, bien podría transcurrir con arreglo a esas permanencias. No; el problema consistiría más bien en conciliar nuestra exigencia de regularidad, nuestra idea de permanencia, con un cierto desorden real de la experiencia, con un rumbo no provisto de las cosas, con el acelerado agotamiento de valores, argumentos y discursos en los que, de pronto, observamos mínimas incongruencias, fisuras delicadas y fatales.

De la búsqueda angustiosa de esas regularidades y conciliaciones más allá de los desarreglos de la época se nutrieron, tal vez, los mejores argumentos de Jorge Luis Borges, los más cercanos a una constatación del curso de su tiempo. Así, inconformado con el carácter quejumbroso de Martín Fierro, que rehuye su íntimo destino de violencia ocultándose tras el tono moralizante del poema de Hernández, lo reconduce a aquella página de su narrativa en que evidencia el carácter engañoso de su discurso durante la noche del encuentro con sus hijos ("para que no se parezcan a nosotros") y lo hace morir correctamente en la punta del

## Memoria del tiempo nuevo

Agustín Martínez A.



cuchillo del moreno. (Ficciones, "El fin"). En "El hombre del umbral" (El Aleph) es un orden oculto e "irracional" el que restituye el sentido de justicia de un pueblo acosado por la violencia y la arbitrariedad. Pero es en *Otras inquisiciones*, de 1952, donde podría constatarse con más equidad esa inminente revelación de un orden que acaso justifique la incongruencia sólo aparente de los hechos aislados: poemas, sucesos, episodios cotidianos, que así adquieren una entidad insospechada. He recordado a Borges; y señalo que también lo hizo Michel Foucault al inicio de *Las palabras y las cosas*, libro que se interroga precisamente por regularidades y órdenes: discursos, episteme; y Foucault ya pertenece claramente a la generación de pensadores contemporáneos que colocaron su trabajo bajo el signo de desarreglo del advenimiento de los tiempos nuevos.

Los signos del nuevo tiempo para nosotros apuntan al desarreglo de la episteme moderna. Son sus regularidades y sus garantías las que ya evidencian el desgaste insostenible: el arte y la literatura, la reflexión teórica y la ciencia fundamental, las utopías políticas y los programas rigurosos de transformación del mundo, los negocios y la ética; todo se coloca de pronto bajo el signo de lo contingente y transitorio, de lo menesteroso de fundamento, de lo carente de legitimidad. Ningún programa o doctrina es válido para todos y, como la misma experiencia, son intransferibles. Se ha denominado a esta situación post-modernidad, indicándose siempre que, en todo caso, hay bajo esa expresión mucho más que lo indicado por nuestra enumeración: nuevos tiempos.

En el plano de la reflexión teórica estos signos remiten a la siguiente constatación, tan elemental como digna de ser recordada, visto el estado de desarreglo que va arraigando progresivamente en los campos cognoscitivos tradicionales: nadie

escapa a su tiempo; nadie escapa a las condiciones de ejercicio del pensamiento que lo impone la época que le toca vivir. Esas condiciones, referidas a nuestra contemporaneidad, son particularmente complejas; como acaso lo han sido las de todas las épocas, se podría acotar. Sólo que es posible percibir con cierta facilidad un carácter de precisión y singularidad en las de esta que nos ha tocado vivir. Al mapeamiento y caracterización del impase fundamental de nuestro tiempo, tanto en el plano de la reflexión teórica como en el de la acción política y en el de la percepción del sentido y dirección de la vida de la cultura, se consagra una proporción cada vez más notoria de la producción intelectual en los campos más disímiles: la filosofía, las ciencias sociales, la teoría de la ciencia, la estética, el pensamiento político, la antropología, las ciencias de la cultura. Llama ineludiblemente la atención, no tanto la heterogeneidad de los campos cognoscitivos en los que se canaliza la misma intensidad exploratoria de las irregularidades que acompañan al fin del siglo, como lo asombrosamente homogéneo de los resultados. En todos los casos nos encontramos con el mismo derrumbe de las certezas, la misma insuficiencia y contingencia de los resultados, el mismo desencanto con el sentido previsible de la actividad teórica o política. Y lo que hasta hace poco tiempo parecía de suyo justificado, obvio en su importancia e incuestionable en sus motivaciones últimas, se presenta hoy con el tinte de lo insustentable y menesteroso de legitimación.

En el campo de la teoría social y política es particularmente aguda la percepción de la situación de crisis y sozobra de las certezas que hasta ahora habían prevalecido. Hasta el punto de que un vocabulario particular, que designa nuevos problemas y categorías, acompaña la exploración y teorización del desarreglo. Fin del sujeto y de las utopías, por no hablar

del famigerado fin de la historia; crisis de paradigmas y reconocida contingencia de los que aún pugnan por sobrevivir; fin de los "grandes relatos" (epíteto que soportan, no sin rubor, vetustas y antiguas disciplinas, como la filosofía o la teoría social y política, entre otras) y de las formas tradicionales de discurrir el pensamiento. En fin, clausura, desencanto, desuso y falta de credibilidad de las formas, direcciones y fundamentos de las maneras tradicionales de pensar y actuar.

El nuevo campo de problemas, pues, no avala ni hace suya ninguna certeza en el campo teórico ni en el político, y todo lo declara en situación provisoria y decreta la exigencia de reanudar las tareas de legitimación. Pero, lo que si parece incuestionable son las razones y argumentos que asisten a los nuevos planteamientos y constataciones. Se trata en este caso de designar un "clima" cultural que constituye el nuevo habitat del pensamiento teórico, de la crítica radical, pero también de nuestra propia sensibilidad y de nuestro propio modo de contar con el mundo.

Quizás los nuevos tiempos no tienen otro modo de presentarse ante nosotros como no sea con los signos del desarreglo. Pero también con una cierta mínima regularidad —tal vez puramente conjetural— que podría incluso reconducirnos a valorar el proyecto metafísico borgiano de búsqueda de un trascendente orden. Pienso, por ejemplo, en la sorprendente pertinencia de estas palabras ya lejanas en el tiempo: "Asístese como a una descentralización de la inteligencia. (...) Y hay ahora como un desmembramiento de la mente humana. Otros fueron los tiempos de las vallas alzadas; éste es el tiempo de las vallas rotas"\* . Son de Martí, fijando en texto sus impresiones sobre el advenimiento de la Modernidad.

\* José Martí, "Poema del Niágara".

